

La mente

Emmy Y



Capítulo 1

La sensación de quedarse en blanco al querer vomitar las entrañas es frustrante. Existe tanto que expresar hacia fuera, que la presión de todo eso crea un tapón que bloquea la salida con sus propios pensamientos. Parece lógico todo lo que pensamos, pero a veces es tanta la complejidad de estos pensamientos, que verbalizarlo con palabras, hasta ahora existentes, resulta bastante difícil.

Tenía en la cabeza una bola de lana, un garabato que dibujaba una sola línea enredándose entre sí sin levantar el lápiz del papel. Un caos de sensaciones, sentimientos, temores y otras tantas enrevesadas ideas. Todas ellas mezcladas, sin tener que ver la una con la otra, pero a su vez, todas tenían en común su refugio, un alma. Este refugio les otorgaba sus momentos de paseo, donde podían salir a la luz y exhibirse en su máximo fulgor. En estos momentos de paseos por el exterior del refugio, su casero gozaba de preocupación o de tranquilidad, según que huésped saliera a deambular. En escasas ocasiones incluso les vetaba la partida. Y en otras, les animaba a salir, disfrutando de su manifiesto. Hablamos de sensaciones donde la palabra no tiene lugar alguno. Una entrada y salida en la cual el dialogo no se interpone. Solo se siente, es por eso, que manuscibir toda esta anarquía de emociones resulta un tanto enrevesado.

El alma, el refugio, componía todas las partes de este desorden. A ratos las amaba, a ratos las odiaba. Su único control sobre ellas, era la experiencia, la cual había conseguido mantener los pies en la tierra para evitar las caídas que estas pudieran causarle. Aun así, a veces, era tanta la intensidad, que sus pies se elevaban del suelo y se dejaban llevar por el aire que las hacían tambalear. Y lloraba, y reía. Y entraba en ira. Y a menudo sentía dolor. Todo eso le hacía sentirse viva, a esa alma, un constante sabor a estímulos que recreaba en ella la exaltación de existir, ser y sentir.